



Dino Buzzati
Un amor

Traducción de Carlos Manzano

Un amor es una novela de gran intensidad literaria, que absorbe al lector desde la primera página. Narra la historia de un enamoramiento, de una experiencia personal inusitada y turbadora. Si bien por su tema, por su enfoque y por su escenario difiere del resto de las novelas de Buzzati, tiene en común con ellas su calidad, un trasfondo de preocupación ética y una poesía en la que reconocemos inequívocamente a su autor. Cuando se publicó por primera vez en 1963, *Un amor* se convirtió rápidamente en uno de los primeros «best sellers» de la historia de Italia. Esa aceptación por parte del público no ha cesado tantos años después, y hoy sigue siendo considerada como una de las obras maestras de Buzzati. Esta edición ha recibido el Premio de Traducción del Ministerio Italiano de Asuntos Exteriores en el año 2005.

I

Una mañana de febrero de 1960, en Milán, el arquitecto Antonio Dorigo, de 49 años, telefoneó a la señora Ermelina.

«Soy Tonino, buenos días, señ...»

«¿Es usted? ¡Cuánto tiempo sin verlo! ¿Cómo está?»

«Bastante bien, gracias. Es que en este último tiempo he tenido muchísimo trabajo y tal... Dígame, ¿podría ir esta tarde a su casa?»

«¿Esta tarde? Déjeme pensar... ¿a qué hora?»

«No sé. A las tres o tres y media».

«A las tres y media, de acuerdo».

«Ah, mire, señora...»

«Diga, diga».

«La última vez, ¿recuerda?... La verdad es que aquel género, si he de serle sincero, no me acababa de gustar, preferiría...»

«Comprendo. Por desgracia, yo misma a veces...»

«Algo más moderno, ¿me explico?»

«Sí, sí. Pues mire, ha hecho bien en telefonarme hoy, hay una oportunidad... ya verá como quedará satisfecho».

«Preferiría tejido negro».

«Negro, negro, ya lo sé, como el carbón».

«Gracias, hasta luego entonces».

Colgó el auricular. Estaba solo en el estudio. También Gaetano Maronni, el colega que ocupaba la habitación contigua, había salido aquella mañana.

Era una mañana cualquiera de una día cualquiera. El trabajo avanzaba bien. Desde el ventanal del octavo piso se

veía la casa de enfrente, una casa moderna igual a las demás circundantes, igual a aquélla en la que se encontraba Dorigo: bastante alegre, no obstante, en Via Moscova, gran complejo urbanístico atravesado por paseos ajardinados en los que podían aparcar los automóviles.

Era uno de tantos días grises de Milán, pero sin lluvia, con ese cielo incomprensible que no se sabía si eran nubes o sólo niebla allende la cual tal vez se encontrara el sol o simplemente neblina procedente de las chimeneas, de los respiraderos de las calderas de gasóleo, las chimeneas de las refinerías Coloradi, los ruidosos camiones, las alcantarillas, los montones de detritus inmundos vertidos en las zonas edificables de la periferia, la tráquea de millones y millones —¿tantos eran?— aglomerados entre cemento, asfalto y rabia en torno a él.

Encendió el tercer cigarrillo, eran las once menos cuarto («Soy Tonino, buenos días, señ...» «¿Es usted? ¡Cuánto tiempo...!») en el reloj eléctrico del complejo, situado en la pared de enfrente. De vez en cuando se oía un débil retazo de música, al otro lado, en la habitación contigua, donde la señorita Maria Torri tenía encendida sobre la mesa, en el bolso, en el regazo, la pequeña radio japonesa y nunca le daba tregua, ni siquiera durante las discusiones, y Dorigo no había tenido valor para prohibírselo. En el fondo también a él le habría gustado tener una, incluso se había comprado una de contrabando, de bolsillo, por diez mil liras — en las tiendas del centro las vendían a veinticuatro mil o veinticinco mil liras—, pero al cabo de tan sólo dos días Georgina se la había birlado: no era que Georgina le entusiasmara, pero se conocían desde hacía mucho tiempo, la había conocido bajo los soportales del Corso, mientras del bolsillo de su abrigo salía un vals vienés de éstos precisamente que él no podía soportar, pero por pereza no la había apagado y entonces ella había dicho:

«Déjame ver: ¡Qué bonita! ¿Me la regalas?»

¿Qué le importaba, en el fondo, a él la radio?

Encendió el cuarto cigarrillo. Había un trabajo por acabar, pero no sentía el menor deseo de hacerlo: al fin y al cabo, no había urgencia, bastaba con entregarlo el sábado y aquel día era martes; además, es que, cuando tenía ganas de hacer el amor, trabajar le resultaba muy difícil. No es que Dorigo fuera un tipo muy sensual y rebosante de virilidad, pero de vez en cuando, sin motivos aparentes, la imaginación se ponía de pronto a trabajar y todo el curso de sus pensamientos cambiaba completamente.

Además, cuando había concertado el encuentro con una muchacha, todo el cuerpo empezaba a esperar. Era un estado doloroso, pero al tiempo hermosísimo, difícil de explicar, casi la sensación de ser una víctima que se ofrecía enteramente al sacrificio: todo el cuerpo desnudo, con abandono y arrebatos de energías vehementes, que le hormigueaban por todos los miembros, las vísceras y la carne. Una carga de fuerza tremenda, en modo alguno bestial y ciega, sino lírica y cargada de obscuras depravaciones.

En esos momentos Dorigo olvidaba incluso su cara, que siempre le había desagradado, que siempre había considerado odiosa, y se hacía la ilusión de poder ser deseado incluso.

Al mismo tiempo, la espera de la mujer («Soy Tonino, buenos días, señ...») «Ah, ¿es usted? ¡Cuánto tiempo...!») le hacía perder la seguridad en sí mismo, que tan marcada era en el trabajo. Ante la mujer dejaba de ser el artista casi célebre, citado internacionalmente, el escenógrafo genial, la personalidad envidiada, el hombre de inmediato simpático. Él mismo se asombraba de resultar simpático al instante, pero con las mujeres era muy diferente, se volvía uno cualquiera, distante incluso. Lo había advertido infinidad de veces, las mujeres se sentían intimidadas y cuanto más se esforzaba él por mostrarse desenvuelto y gracioso, peor era: la mujer lo miraba desorientada y casi atemorizada. Necesitaba una gran confianza para recuperarse y mostrarse natural, pero, para adquirir una verdadera confianza, hacía falta

tiempo. Los comienzos eran siempre penosos y laboriosos. ¡Cómo envidiaba a Maronni, que, tras pronunciar tres palabras, hacía sentirse cómodas a las chicas! A veces lo odiaba incluso, de la rabia. Con las mujeres sus paradojas predilectas eran un juego totalmente erróneo, se daba cuenta perfectamente: en lugar de hacer reír provocaban desorientación e incomodidad, tenían la impresión de que se burlaba de ellas o quería desairarlas. Se consolaba un poco con la idea de que a la larga su clase lograba casi siempre salvarlo o por lo menos que quedara discreto, aunque no gustase; en efecto, la mujer intuía, aunque la detestara, su superioridad intelectual, huraña y orgullosa, que no conseguía entregarse a las claras y, sin embargo, cómo le habría gustado, en cambio, abandonarse sin reservas y gozosamente, como un niño con el entusiasmo del juego.

¿Qué muchacha le habría reservado aquella tarde la señora Ermelina? Procuraba no caer en un optimismo excesivo, resulta tan difícil dar con el tipo idóneo; cierto es que en casa de la señora Ermelina había siempre, gracias a Dios, jovencitas frescas: ya que no otra cosa, la juventud de los cuerpos.

En el fondo —pensaba—, si Ermelina le hubiera asignado Britta, no habría estado mal. Llevaba meses sin hacer el amor con Britta. Ésta no experimentaba relajaciones sentimentales, pero en la cama no ponía pegas. Aquel cuerpo rubio, macizo, firme, elástico, sin un pelo ni siquiera en la ingle. Y pensar que en general no podía soportar a las rubias, ni siquiera las falsas, pero Britta estaba provocativamente maciza, como una foca jovencita. Cuando alzaba los brazos, las axilas se ofrecían: flores abiertas de par en par, rosadas, lisas, húmedas, tibias, sin una sombra; tanta era su juventud, que sobresalía incluso una tierna hinchazón.

Miró su escritorio, cubierto con una mezcolanza de libros, carpetas, papeles: las señales del trabajo.

A aquella hora, la ciudad en pleno trabajaba por encima, por debajo y alrededor de él. En la misma casa trabaja-

ban hombres como él y también en la de enfrente y en la viejísima de Via Foppa que se vislumbraba en un claro entre las otras y también detrás, en las casas invisibles, y más allá, entre la neblina, a lo largo de kilómetros y kilómetros. Papeles, archivadores, impresos, telefonazos, recibos, manos ocupadas con plumas, lápices, con un tornillo, una muesca, una suma, un empalme, una soldadura, un extracto de cuenta, un ajuste, una infinidad de hormigas frenéticas sedientas de bienestar y, sin embargo, sus pensamientos —oh, le daban ganas de reír— en derredor, a lo largo de dichos kilómetros y kilómetros, eran semejantes a los suyos, indecentes y exquisitos, con la misteriosa voz que llama a la propagación de la especie, transcendida en vicios extraños y ardientes —¿por qué nadie tenía nunca el valor de decirlo?—: pensamientos sobre ella, sobre ella, sobre aquella boca especial, aquellos labios con una factura determinada, con una perspectiva de músculos tensos —¿recuerdas?—, suaves y fluidos, con una curvatura diferente de todas las demás, con un pliegue, una plenitud, una concavidad, un calor, una humedad, una ductilidad, una depresión, un abismo abrasador. Y los periódicos hablaban de endurecimiento soviético, interpelaciones en la Cámara de Diputados relativas al Alto Adigio, garantías de Nenni sobre la autonomía del PSI, incendio del cine Fiamma, crisis de la Junta Regional siciliana, ¡qué payasada más demencial!

Encendió el quinto cigarrillo. Estaba de pie, con la excitación particular que lo caracterizaba, a él, tan sensible y aprensivo («Soy Tonino, buenos días, señ...» «¿Es usted? ¡Cuánto tiempo...!»), pero se encontraba bien, ninguna parte del cuerpo le molestaba: completamente tranquilo, fuerte y sereno. En realidad, era una mañana como tantas otras. Fuera, el cielo se mantenía gris y uniforme, pero él se sentía bien.

Las próximas horas no le pesaban ni tampoco le daban miedo alguno los días siguientes ni el inmenso futuro. El teléfono se mantenía en silencio. Dorigo estaba tranquilo, las

cosas le iban bien. Vestido con un traje gris, camisa blanca, corbata de color rojo magenta, calcetines también rojos, zapatos negros hechos a mano, como si...

Como si todo debiera continuar como hasta entonces, hasta aquel día de febrero, que era un martes y llevaba el número 9: todo seguro y propicio para un burgués inteligente, corrupto, rico y afortunado en la plenitud de la vida.

II

La señora Ermelina moraba en el sexto piso de una gran casa en las cercanías de la plaza Missori. El ascensor era de aquéllos cuya puerta se abre por sí sola automáticamente, pero a veces se cierra cuando menos te lo esperas. Una vez Dorigo había quedado atrapado dentro y por un instante había sentido el miedo a ser aplastado como una nuez, pero, en realidad, la presión de las dos valvas no era excesiva.

En la puerta no había un rótulo con el nombre. El gran pasillo con pavimento de mármol estaba desierto, pero no era posible equivocarse de puerta precisamente por la falta de rótulo: todas las demás lo tenían.

Sentía la vaga impaciencia, si no la emoción, de esos casos. ¿Qué muchacha sería? Demoler el sentido de encuentros de aquella clase era —Dorigo lo sabía— la cosa más fácil del mundo. ¿Qué placer puede dar la posesión de una mujer, cuando se sabe que se entrega sólo por el dinero? ¿Qué satisfacción podía sentir el hombre, aparte de la exclusivamente física, tan rápida y en el fondo tan discutible? La vieja objeción.

Y, sin embargo, daba satisfacción y grandísima, casi inverosímil incluso: no ya por los ejercicios carnales, más o menos refinados. Todo lo que los precedía era lo que volvía estupenda aquella experiencia.

La señora Ermelina abrió al instante. Era emiliana, cordial, afable, aún hermosa, de carácter familiar, sin nada equívoco. Al oírla hablar, parecía que hiciera de alcahueta tan sólo para ayudar a aquellas pobres muchachas.

Apenas había tenido tiempo de entrar, cuando ya le susurraba con aquella expresión de complicidad:

«Ya verá usted qué muchacha, ya verá...» (bajó aún más la voz). «Pero tenga en cuenta que es menor de edad... una bailarina, bailarina de la Scala».

Y, entretanto, lo introducía en el salón.

«¡Qué cosa más maravillosa es la prostitución!», pensaba Dorigo: cruel, despiadada; cuántas resultaban destruidas por ella, pero ¡qué maravillosa! Costaba creer que posibilidades semejantes pudieran existir en el mundo actual, tan reglamentado y gris: el sueño hecho realidad, como con una varita mágica, por veinte mil liras.

Por veinte mil liras, por menos incluso, tener al instante, sin dificultad ni peligro algunos, chicas estupendas que en la vida habitual, fuera del juego, habrían costado cantidad de tiempo, fatigas, dinero y que, además, a la hora de la verdad, podían dejarte plantado. ¡Mientras que allí! Un telefonazo, un breve recorrido en coche, seis pisos de ascensor y listo: la ninfitas estaba ya quitándose el sostén y sonriendo.

¿Qué mal había en ello? Dorigo no carecía de escrúpulos morales, pero, pese a haber pensado en ello por extenso, no había logrado encontrar el punto débil. «Si todos hicieran como yo, ¿sería mejor o peor?», se preguntaba y no veía el posible perjuicio.

Y, sin embargo, había algo obsceno en ello. Tal vez lo atrajera la prostitución precisamente por su cruel y vergonzoso absurdo. La mujer, tal vez por su educación familiar, siempre le había parecido un ser extranjero, con una mujer nunca había logrado tener la misma confianza que con los amigos. La mujer era siempre para él un ser de otro mundo, vagamente superior e indescifrable. Ante la idea de que, para ganarse quince mil liras, una jovencita de dieciocho años se acostara, sin preámbulo alguno, con un hombre al que nunca había visto ni conocido, le dejase gozar de todo su cuerpo y participara incluso con arrebatos luj-

riosos más o menos simulados, Dorigo experimentaba una sensación de incredulidad y rebelión, como si hubiera en ella algo completamente impropio, pero de ese pensamiento áspero y doloroso, de esa incapacidad para admitirlo, nacía el deseo. Una mujer decente que se hubiera acostado con él por amor desinteresado le habría gustado infinitamente menos.

¿Sadismo tal vez? ¿El perverso contento de ver a una joven hermosa y limpia someterse como esclava a las prácticas más indecentes? ¿Saborear el espasmo de la humillación corporal de la que la muchacha no es, desde luego, consciente, sino que, al contrario, casi se divierte y ríe, si bien en el fondo de su alma algo se retuerce al mismo tiempo y se rebela y vomita, pero ella ríe, pone las posturitas, echa la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, la boquita anhelante, como si estuviera en el Paraíso?

Pero tal vez hubiera sobre todo en aquel sentimiento suyo la huella imborrable de la educación recibida —católica, severamente contraria a las realidades sexuales—, razón por la cual entre las mujeres jóvenes y él había habido siempre una barrera: las mujeres eran algo prohibido y el acto carnal algo así como un mito. A eso se debía la sensación de que, para una mujer, acostarse con un hombre era un episodio importantísimo, que, aunque fuera por pocos minutos, afectaba, por decirlo así, a toda su vida y la comprobación de que no debía de ser cierto, de que miles de mujeres estaban dispuestas a tratar, por una retribución exigua, con hombres desconocidos y su propia frecuentación de ellas durante decenios habían servido para acabar con esa idea. Todas las veces, cuando la prostituta se desnudaba delante de él, le parecía un fenómeno casi inverosímil, estupendo, comparable con un cuento.

De modo que, todas las veces que iba a las citas de la alcahueta (y lo mismo le sucedía en tiempos, cuando estaban abiertos los prostíbulos públicos), no le habría asombrado que le hubieran dicho:

«Pero ¿está usted loco, señor? ¡Qué ocurrencia! ¿Una muchacha de pago? ¿Acaso cree estar aún en tiempos de Heliogábalo? ¡Hay que ver qué tipo!»

En cambio, todas las veces se realizaba el milagro. Una muchacha magnífica —por desgracia, no siempre, pero en casa de la señora Ermelina raras eran las feas—, una criatura estupenda, una de esas que hacen volver la cabeza a todos en la calle, se desnudaba delante de él diez minutos después de la presentación y él podía besarla y abrazarla para gozar de todos los recursos carnales. Todo ello por veinte mil miserables liras.

En esos momentos intentaba adivinar qué sentiría ella. ¿Asco? ¿Resignación? ¿Sensación de degradación? A juzgar por su actitud, nada de todo eso. Las muchachas actuaban como si se tratara de la cosa más sencilla y natural de este mundo, acaso con el deseo, no lo suficientemente disimulado, de acabar pronto, pero sin el menor síntoma vago de sacrificio o aversión nunca.

Y eran tantas, esas muchachas, y de origen, educación y nivel social tan diversos, que resultaba legítimo considerar la prostitución una actitud normal de todas las mujeres; sólo, que en ciertos ambientes, por culpa de una rigurosa disciplina *contra natura*, esa instintiva propensión resultaba coartada y apagada, pero dispuesta a reavivarse, si los azares de la vida ofrecían la ocasión.

La muchacha, la bailarina de la Scala, estaba ya esperando en el salón.

III

En el salón, por llamarlo así, había un sofá en el ángulo, una mesa redonda, otro sofá largo, una cómoda y un armario, muebles de los denominados modernos, de estilo sueco, bastante sencillos: una vaga sensación de limpieza. Asombraba la presencia en las paredes de dos grandes reproducciones de Brueghel el Viejo: las famosas escenas de campesinos. A saber cómo habrían acabado allí o habrían sido elegidas.

Estaba allí, sentada en el sofá largo. Él tuvo, al primer vistazo, una impresión agradable, pero nada extraordinaria: una carita pálida, a la que daba expresividad una nariz recta y prominente, una boca pequeña y ojos redondos y atónitos. Tenía algo fresco, popular, pero no vulgar.

La miró, mientras intentaba calibrar el placer que en seguida seguiría. Advirtió que el óvalo del rostro era hermosísimo, puro, aunque nada tuviera de clásico, pero sobre todo enamoraba su pelo negro, largo, suelto sobre los hombros. La boca formaba, al moverse, pliegues graciosos. Una niña.

Tenía labios finos, pero realzados, no abiertamente sensuales, si bien maliciosos. El labio inferior sobresalía un poco, tanto más cuanto que era pequeño, estrecho y de perfil entrante. No llevaba carmín.

La boca era firme y tensa, muy pequeña en proporción con la cara, pero no por ello carecía de importancia. Toda la cara era compacta por la extrema tensión de la juventud. Era una cara decidida, graciosa, ingenua, astuta, limpia, provocativa. Le recordó a una Virgen de Antonello da Mes-

sina. El corte del rostro y el de la boca eran idénticos. La Virgen tenía más dulzura, desde luego, pero se trataba del mismo estilo nítido y genuino.

En aquellos primeros contactos Dorigo siempre se sentía violento. El juicio secreto de ella le aterraba. Sabía que no era guapo: al contrario. Su cara siempre le había inspirado desagrado. Aun de niño, cuando pasaba por delante de los escaparates de las tiendas y se encontraba su imagen en el cristal, a veces se miraba. Siempre le resultaba una humillación. ¡Qué cara más odiosa! ¡Una cara de cretino! ¿A qué mujer iba a poder gustar nunca?

«¿Cómo se llama?» Al principio, no podía por menos de hablarle de «usted», aun comprendiendo la estupidez de esa ficción.

«Laide».

«¿Laide? ¡Qué nombre más curioso!»

«Laide, diminutivo de Adelaide, ¿no?»

Ahí estaba él, Dorigo, sentado en el diván; había encendido un cigarrillo e, intimidado, como de costumbre, por la nueva presencia, observaba a la muchacha que estaban a punto de venderle. Al cabo de pocos minutos, a aquella criatura fresca y atractiva, cuya existencia había ignorado siempre, que tenía tras sí una familia, una infancia, una juventud, todo un mundo poblado por una infinidad de personajes, hecho de un tejido complicadísimo de recuerdos, hábitos, conocimientos, esperanzas, particularidades físicas, días alegres y horas tristes, completamente desconocidos para él, a aquella criatura mucho más joven que él, al cabo de pocos minutos iba a tenerla entre los brazos tendida en la cama y desnuda y también él estaría desnudo. Y todo sería como si fueran marido y mujer o antes se hubiesen amado o frecuentado durante mucho tiempo o por lo menos hubiera habido una preparación lógica de conocimiento, invitaciones, promesas, halagos, engaños tal vez. En cambio, nunca se habían visto, él nada sabía de ella y viceversa

y, sin embargo, al cabo de pocos minutos ella recibiría su carne dentro de sí.

Aunque Dorigo no fuera ya un niño, todo aquello le resultaba inverosímil y en cierto sentido espantoso. Pero ¿no sucedía lo mismo en los burdeles de otro tiempo, que Antonio había frecuentado con mucho gusto? No, Dorigo no conseguía explicárselo bien, pero era algo diferente.

Tal vez por la sanción legal que hacía de aquellas mujeres una categoría aparte, casi como una milicia o una orden religiosa. ¿Acaso consideramos hombres como nosotros a los carabineros o a los sacerdotes? Mejores tal vez, pero pertenecientes a otro mundo. ¿Consideramos mujeres a las monjas? No: santas criaturas, pero de otra raza. Lo mismo se puede decir de las mujeres de burdel. Podían ser jovencísimas y de una belleza maravillosa, no era infrecuente, y, sin embargo, se tenía la sensación de que entre ellas y nosotros había una barrera infranqueable: hasta tal punto pesan la costumbre, los prejuicios y la autoridad de las leyes.

Tal vez fuera también porque las muchachas de los prostíbulos se presentaban casi desnudas, con vestidos ridículos, ampulosos y retóricos, por lo general de un gusto horrible, que dejaban al descubierto las piernas y los senos, por lo que toda incógnita quedaba abolida en el punto de partida. Se trataba de un auténtico uniforme que nada tenía que ver con los vestidos de noche, aun simulando su aspecto, y también eso contribuía a hacer de ellas una categoría propia, completamente separada del género humano restante.

Tal vez fuera también porque ellas mismas, las muchachas de las casas de citas, no hacían nada para parecer chicas como todas las demás. Interpretaban su papel sin concesión sentimental alguna: amables, sí, con frecuencia, incluso afectuosas también, pero una barrera hermética las separaba del cliente. Entre los dos —salvo excepciones en las que se deshacía el encantamiento burocrático y entonces venían los inconvenientes— sólo había una relación físi-